

Arrugas de Expresión

El maestro trabaja en su taller, huraño como él. No hay flores ni ventanas, la luz viene de arriba, de la claraboya, una columna de brillante formol. Silencio. El maestro trabaja.

“Mire donde mire solo veo fracaso. Esa Pietà de la esquina resulta cómica, ese desnudo al lado de la puerta no tiene sensualidad, ese busto junto a la estantería no tiene orgullo. No puedo seguir fracasando y mintiendo a la verdad. Mis esculturas sobreviven en el mundo visible, pero lo invisible no las llena. No cambian el aire de la estancia que ocupan, atacan un único sentido.”

El maestro levanta la sábana impoluta, el bloque de arcilla sigue a medio formar.

“Basta de mármoles, basta de piedra. Moldearé con las manos hasta que no necesite ver.”

Sus manos recorren la arcilla en un flujo de presiones y espacios, ordenados y caóticos en cada dedo. Su pulgar se detiene en un bulto prometedor.

“Una nariz aguileña, orgullosa de cosas que no le pertenecen.”

Modula entre dos dedos la quilla de su expresión. Su otro pulgar ahonda más arriba.

“Ojos hundidos en cuencas profundas. Caminan el doble para mirar.”

Más abajo, un poco más abajo, un corte con la uña ligeramente larga.

“Apenas unos labios. Apenas una sonrisa.”

Los nudillos perfilan los costados de la arcilla, los límites de una cara.

“Pómulos afilados que se dejan caer como relámpagos, mejillas de nube.”

Ahora pellizca dos bultos, unidos a la cabeza que se forma.

“La espiral de las orejas, que giran sin centro.”

Acaricia con dos dedos rectos el empeine de su silueta.

“Un mentón débil, siempre cerca del suelo.”

La luz flaquea en la claraboya, tuerce su ángulo cada vez más ingrato.

En el espejo del fondo, el reflejo de un anciano surcado por los tridentes del tiempo. Sus ojos grises que no se atreven a mirarse, el lunar oscuro debajo.

Cultiva desniveles presionando en la escultura, muy delicadamente.

“Arrugas. Empujadas por lo que hay dentro.”

Practica un pequeño relieve en la piel de arcilla.

“En la vía de las lágrimas, un lunar.”

Despega las manos manchadas y da dos pasos atrás, tres pasos. Agacha la cabeza y los hombros. Se miran a la misma altura.

“No. No está. Lo que buscaba no está. Sigue maldito por las apariencias, pero no esconde nada. No he conseguido que sienta y me haga sentir. Y se está haciendo cada vez más tarde.”

Retrocede con vergüenza y reniega con todo el cuerpo. El cuarto queda en penumbra por el sol debilitado, que cae a pesar de todo.

El viejo maestro duerme en el cuarto adyacente, en la oscuridad del catre pelado. Sueña un sueño de barro. De barro en sus zapatos nuevos de jugar a la pelota. Ortigas que se clavan hasta hacer sangre. El grito de una madre que no produce eco. Correr por las colinas a una comida que llena la vista. La luz quieta en el aire con una sonrisa materna.

Duerme en su regazo tibio, bajo su rostro apenas visible entre los pálidos rayos. Que silba sin rumbo una melodía alegre y protege sus ojos cerrados.

Y acaricia su cara con manos infinitamente delicadas.